

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

Ejercitar nuestro espíritu para la piedad (Mensaje 5)

Lectura bíblica: 1 Ti. 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7; 4:22

- I. Según el “diseño original” acorde con el propósito original de Dios, el hombre ocupa el lugar central en el universo y la parte central de su ser es su espíritu—Zac. 12:1; Gn. 2:7:
 - A. Los cielos fueron creados para la tierra, la tierra fue creada para el hombre, y el hombre fue creado por Dios con un espíritu a fin de que tenga contacto con Dios, le reciba, le contenga, le adore, le viva, cumpla el propósito divino que satisface a Dios, le exprese y sea uno con Él—Pr. 20:27; Jn. 4:24; 1 Co. 6:17.
 - B. Si Dios no fuera el Espíritu y si nosotros no tuviéramos un espíritu con el cual podamos tener contacto con Dios y ser uno con Él, el universo estaría vacío y nosotros mismos seríamos vanidad—Ec. 1:2; 3:11; Job 32:8; 12:10; 2 Co. 4:13, 16-18.
 - C. Debido a la caída, los hombres no solamente han ignorado y desatendido el espíritu humano, sino que incluso se han negado a admitir que el hombre posee un espíritu—cfr. 1 Ts. 5:23; He. 4:12; Jud. 19.
 - D. Como vaso que era, el hombre debía ejercitar su espíritu para recibir a Dios en Cristo como el árbol de la vida, a fin de que la vida divina pudiera fluir como un río por la parte más profunda de su ser y transformarlo en el material precioso apto para el edificio de Dios, la expresión eterna de Dios—Gn. 1:26; 2:7-12, 22; 1 Ti. 4:7-8:
 1. El aliento de Dios se ha convertido en nuestro espíritu humano, y nuestro espíritu es la lámpara de Dios que contiene a Dios como aceite y nos ilumina—Gn. 2:7; Pr. 20:27.
 2. El espíritu del hombre vino a ser una lámpara rota debido

a la caída del hombre, pero mediante la obra de recobro que Dios realiza al salvarnos, el espíritu del hombre es regenerado, reedificado y reforzado con el Espíritu vivificante siete veces intensificado—Gn. 2:7; Pr. 20:27; Jn. 3:6; Ap. 4:5; 1 Co. 15:45.

3. El centro rector del hombre y la parte más prominente de su ser debe ser su espíritu; un hombre espiritual es alguien que vive regido y regulado por su espíritu—2:14-15; 3:1; 14:32; Ef. 3:16; 1 P. 3:4; Dn. 6:3, 10.

E. El hecho de que Dios se forje en el hombre es tipificado tanto por el tabernáculo como por el pectoral del sacerdote, y nuestro espíritu mezclado es la clave para que esto se lleve a cabo:

1. Las barras que unían las tablas del tabernáculo eran de madera de acacia recubierta de oro, lo cual representa al espíritu mezclado, es decir, el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano, el cual llega a ser el vínculo de la paz—Éx. 26:26-30; Ro. 8:16; Ef. 4:3-4.
2. En el Nuevo Testamento la realidad del Urim y del Tumim, que formaban parte del pectoral, es el espíritu mezclado, a saber, el Espíritu de Dios que trae revelación, el Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu, el cual es el receptor, nuestro espíritu humano regenerado—Éx. 28:30; Ro. 8:4, 14; 1 Co. 2:9-12.

F. El Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y estos dos mezclados como un solo espíritu, el espíritu mezclado, es el punto central y estratégico de la economía de Dios—Jn. 3:6; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17; 1 Ti. 1:4; 2 Co. 4:13:

1. El camino sobresaliente para llevar a cabo la economía de Dios es vivir y hacerlo todo según el Espíritu al ejercitar nuestro espíritu—Job 10:13; Ef. 3:9; Ro. 8:4; Gá. 5:25.
2. Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, percibimos el Cuerpo, pues el Cuerpo está en nuestro espíritu—Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18.
3. Si permanecemos en nuestro espíritu, vencemos el mundo, no podemos pecar, el maligno no puede tocarnos, y somos guardados de la idolatría—1 Jn. 5:4, 18-19, 21.

II. El tema de 2 Timoteo es la vacuna contra la decadencia de la iglesia; y la clave para recibir esta vacuna y suministrársela a

otros, es ejercitar nuestro espíritu—1:6-7; 1 Ti. 4:7-8; Hch. 6:10; 1 Co. 14:32:

- A. La piedad, una vida que expresa a Dios, es resultado de la impartición divina que se lleva a cabo con miras a cumplir la economía divina; esta impartición requiere que nosotros ejercitemos nuestro espíritu para vivir a Cristo en nuestra vida diaria con miras a la manifestación corporativa de Dios en la vida de iglesia—1 Ti. 1:3-4; 3:15-16; 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7.
- B. La expresión *ejercítate* implica el hecho de ser obligados a hacer algo; si queremos ser cristianos fuertes y crecer en el Señor, tenemos que obligarnos a usar nuestro espíritu, hasta que ejercitarlo sea nuestro hábito prevaleciente—1 Ti. 4:7.
- C. Ejercitar nuestro espíritu equivale a avivar el fuego de nuestro espíritu—2 Ti. 1:6-7:
 1. El fuego está encendido en nuestro espíritu regenerado, en el cual mora el Espíritu Santo; de hecho, nuestro espíritu es el fuego—cfr. Lc. 12:49-50; Ro. 12:11.
 2. Los que somos salvos poseemos los recursos necesarios para vivir la vida cristiana y la vida de iglesia; estos recursos no son otra cosa que el espíritu que Dios nos ha dado.
- D. Ejercitar nuestro espíritu conlleva tomar las medidas necesarias con respecto a las diversas partes de nuestro corazón —nuestra mente, nuestra parte emotiva, nuestra voluntad y nuestra conciencia—, las cuales rodean nuestro espíritu—1 P. 3:4; Sal. 51:10:
 1. Un espíritu de poder es un espíritu que cuenta con una voluntad sumisa que ha sido resucitada; un espíritu de amor es un espíritu que cuenta con una parte emotiva llena de Dios mismo como amor; y un espíritu de cordura es un espíritu que cuenta con una mente renovada—2 Ti. 1:7.
 2. Ejercitar nuestro espíritu es ejercitarnos en tener una buena conciencia que esté libre de ofensas contra Dios y los hombres y en tener una conciencia pura, lo cual implica tener un corazón puro que únicamente busca a Dios y el cumplimiento de Su voluntad—1 Ti. 1:19; 3:9; 2 Ti. 1:3; Hch. 23:1; 24:16; Mt. 5:8; Sal. 73:25-26.
- E. Ejercitar nuestro espíritu regocijándonos siempre, orando sin

cesar y dando gracias en todo a fin de disfrutar del Espíritu que mora en nosotros, es la clave para hacer todas las cosas en Cristo—2 Co. 12:2a; Fil. 4:11-13; Sal. 91:1; 1 Ts. 5:16-18.

- F. Ejercitar nuestro espíritu es orar, es acercarse a Dios de manera íntima y personal, teniendo en cuenta los intereses de Dios —Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios— como la meta de la economía eterna de Dios—2 Ti. 1:6-8; 1 Ti. 1:3-4; 2:1-3, 8; 1 R. 8:48; Jud. 19-21.
- G. Ejercitar nuestro espíritu es poner nuestra mente en el espíritu—Ro. 8:6; Mal. 2:15-16:
 - 1. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, percibimos el sentir de vida y paz en nuestro interior, lo cual es una sensación de fortaleza, satisfacción, reposo, liberación, vigor, frescura, resplandor y consuelo.
 - 2. Cuando ponemos nuestra mente en la carne, percibimos el sentir de muerte en nuestro interior, lo cual es una sensación de debilidad, vaciedad, desasosiego, intranquilidad, depresión, sequedad, oscuridad y dolor.
 - 3. Nuestra vida cristiana no está regida por la norma del bien y del mal sino por el espíritu, y conocemos al espíritu mediante el sentir de vida y paz en nuestro interior—Ro. 8:6; 2 Co. 2:13-14.
- H. Ejercitar nuestro espíritu equivale a discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma—He. 4:12:
 - 1. Debemos permanecer alertas todo el tiempo a fin de discernir todo aquello que no procede del espíritu, sino de nuestra alma, el yo, y rechazarlo—Mt. 16:25; cfr. Lc. 9:25.
 - 2. Todo cuanto seamos, tengamos y hagamos, debe estar en el espíritu; todo cuanto Dios es para nosotros está en nuestro espíritu—Ro. 2:28-29; 1:9; 8:4; 12:11.
- I. Ejercitar nuestro espíritu consiste en vivir una vida de iglesia normal y en vencer la degradación de la iglesia al seguir en pos de Cristo con todos los que, de corazón puro, invocan al Señor—2 Ti. 2:22.

MENSAJE CINCO

EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU PARA LA PIEDAD

El tema de 2 Timoteo es la vacuna que sirve de antídoto contra la decadencia de la iglesia. La clave para recibir e impartir esta vacuna es el ejercicio de nuestro espíritu; por tanto, tenemos que ver el cristal tan crucial contenido en este mensaje. Espero que ninguno de nosotros reciba este mensaje con ligereza o como si fuese un tema común, pues en él podremos encontrar mucha luz con respecto al tema crucial de ejercitar nuestro espíritu para la piedad. En el cuarto mensaje vimos que la función de la iglesia consiste en ser la manifestación corporativa de Dios en la carne, es decir, Cristo se manifiesta en nuestro vivir con miras a la expresión de Dios (1 Ti. 3:15-16). Sin embargo, tenemos que darnos cuenta de que si no ejercitamos nuestro espíritu, nos será imposible llegar a ser la manifestación corporativa de Dios en la carne. Por tanto, tenemos que entregar todo nuestro ser al Señor y prestar la debida atención al ejercicio de nuestro espíritu. Jamás llegaremos a “graduarnos” en el sentido de dejar atrás la práctica de ejercitar nuestro espíritu. Siempre será necesario recibir ayuda con respecto al asunto de ejercitar nuestro espíritu.

EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU PARA LA PIEDAD SEGÚN 1 TIMOTEO

En 1 Timoteo 1, Pablo exhorta a Timoteo a mandar a ciertas personas en Éfeso que no enseñen cosas diferentes, es decir, que no impartan otra enseñanza que no sea la enseñanza de la economía de Dios, que se funda en la fe (vs. 3-4). La economía de Dios es Su plan, Su arreglo administrativo mediante el cual Cristo nos es impartido para ser nuestra vida y nuestro todo, a fin de que seamos Su expresión corporativa; dicha expresión es la iglesia como casa del Dios viviente, como columna y fundamento de la verdad y como manifestación de Dios en la carne.

En 1 Timoteo 1 se recalca la economía de Dios, es decir, la impartición de Cristo como maravilloso Espíritu vivificante a nuestro ser. En el segundo capítulo se recalca el asunto de la oración (vs. 1-8). La

oración es la mejor manera de ejercitar nuestro espíritu para ser partícipes de lo que Cristo es y disfrutar de Su impartición. Por ello, se nos insta a orar en todo lugar y en todo tiempo (v. 8). Según el tercer capítulo, el resultado de tal clase de oración es la iglesia del Dios viviente (v. 15).

La iglesia ejerce su función al ser la casa del Dios viviente. Si deseamos ser la casa del Dios viviente, tenemos que ser personas que aprendan a ejercitar su espíritu y que desarrollen el hábito prevaleciente de ejercitar su espíritu. Como casa del Dios viviente, la iglesia es viviente. Cristo no solamente es nuestra vida en términos de Su naturaleza, sino que además es el Viviente en términos de Su condición (Col. 3:4; Ap. 1:18). Por tanto, no solamente debemos ser partícipes de la naturaleza que es propia de Su vida divina, sino que también debemos compartir Su condición presente y actual, la cual es viviente. Puesto que Él es viviente, nosotros también debemos ser vivientes a fin de igualarle con miras a Su expresión.

Además, la iglesia cumple su función al ser la columna y fundamento de la verdad. Es imposible que seamos constituidos con la verdad si no ejercitamos nuestro espíritu; de otro modo, la verdad será para nosotros mera doctrina que carece de vida. Para que la verdad se forje en nuestro ser, para que la realidad divina sea transmitida a nuestro ser, tenemos que ejercitar nuestro espíritu. Además, si no ejercitamos nuestro espíritu, no podremos experimentar ni disfrutar la función que la iglesia ejerce como manifestación corporativa de Dios en la carne. En tal iglesia, Dios se ha forjado en un grupo corporativo de creyentes; Dios se ha hecho uno con ellos y ellos han llegado a ser Dios mismo a fin de constituir Su testimonio, un testimonio que es tanto divino como “Jesúsmente” humano, un testimonio conformado por creyentes en cuyas virtudes humanas se han forjado los atributos de Dios. En otras palabras, si vivimos a Cristo en todos los aspectos de nuestra vida cotidiana —al conducir, al hablar, al contestar el teléfono—, entonces seremos, tanto individual como corporativamente, la manifestación de Dios en la carne. Sin embargo, nos será imposible expresar al Señor en nuestro diario vivir si no ejercitamos continuamente nuestro espíritu.

En 1 Timoteo 1 se nos revela la economía de Dios, el segundo capítulo nos muestra la necesidad de ejercitar nuestro espíritu mediante la oración, y en el tercer capítulo la iglesia nos es revelada en sus tres funciones con miras a la expresión de Dios. El cuarto capítulo procede

a mostrarnos que debemos ejercitar nuestro espíritu para la piedad (vs. 7-8). La piedad es Dios manifestado en la carne; es Dios expresado en el hombre y por medio de éste. La piedad es la divinidad mezclada con la humanidad, con miras a que el propósito original de Dios respecto a Su expresión corporativa se haga realidad. En los primeros cinco versículos del cuarto capítulo, Pablo predijo la decadencia de la iglesia, pues escribió 1 Timoteo aproximadamente en el año 65 d. C., poco antes de que la decadencia de la iglesia tuviese lugar, tal como se menciona en 2 Timoteo. En 1 Timoteo, Pablo nos muestra cómo resistir la decadencia de la iglesia, es decir, cómo cooperar con el Señor en tiempos en que la iglesia se encuentra en decadencia. En 4:7, Pablo dijo: “Desecha los mitos profanos y de viejas. Ejercítate para la piedad”. Si no ejercitamos nuestro espíritu a fin de disfrutar la impartición de Cristo a nuestro ser, nos involucraremos en mitos profanos y de viejas, los cuales forman parte de la decadencia de la iglesia. El versículo 8 dice: “El ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera”. Según los versículos 7 y 8, ejercitarse para la piedad equivale a ejercitar nuestro espíritu. Tal ejercicio —el ejercicio de nuestro espíritu— tiene como objetivo la piedad, es hecho con miras a la piedad, se realiza a fin de lograr la piedad, y la piedad es Dios manifestado en la carne. Por tanto, la piedad se refiere a un grupo de creyentes que siempre ejercitan su espíritu para llegar a ser la manifestación corporativa de Dios en la carne.

El ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad es provechosa en todo aspecto, pues ella tiene promesa de esta vida presente y de la venidera. Si optamos por ejercitarnos para la piedad, o sea, si optamos por ejercitar nuestro espíritu, llegaremos a ser “doblemente ganadores”, es decir, personas que ganan a Cristo en esta era y que serán recompensadas con Cristo en la era venidera (Fil. 3:8-14). Sin embargo, si no nos ejercitamos para la piedad a fin de llegar a ser creyentes que ejercitan continuamente su espíritu, seremos entonces “doblemente perdedores”, es decir, personas que no ganan mucho de Cristo en esta era y que sufrirán una gran pérdida en la era venidera cuando tengan que recibir el castigo que corresponde a esa dispensación (cfr. He. 12:28, nota 1). Así pues, este mensaje debe ayudarnos a disfrutar de Cristo y ganar a Cristo en la economía de Dios, tanto en esta era como en la venidera.

La exhortación que Pablo le hizo a Timoteo con respecto a que

debía ejercitarse para la piedad, está en el contexto de la predicción hecha por Pablo acerca de la decadencia de la iglesia (1 Ti. 4:1-5). La decadencia de la iglesia significa decadencia en términos de la vida divina, es decir, que nuestra condición como creyentes llenos de vida y fructíferos decae. Otros síntomas de la decadencia de la iglesia incluyen: la muerte y tibieza espirituales, ser desviados de Cristo como nuestro todo, que se infiltren substitutos de Cristo, disturbios o división en el Cuerpo de Cristo, que la función que ejercen los miembros del Cuerpo sea anulada, y que se le dé la espalda a la enseñanza de los apóstoles y al ministerio de la era (Ap. 3:1, 16; 2:6, 15; 2 Ti. 1:15).

EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU PARA LA PIEDAD SEGÚN 2 TIMOTEO

Ahora abordaremos la revelación concerniente a ejercitar nuestro espíritu para la piedad, según aparece en 2 Timoteo. En 1:6 dice: “Por esta causa te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”. Todos nosotros necesitamos que se nos recuerde acerca de nuestro espíritu; más aún, debemos ver que el don de Dios que está en nosotros no procede en absoluto de nuestro ser natural, sino del propio Dios Triuno que mora en nuestro ser. El versículo 7 prosigue diciendo: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía. Por el contrario, Él nos dio un espíritu de poder, un espíritu con una voluntad férrea, de tal manera que podamos llevar a cabo Su economía. Además, Él nos dio un espíritu de amor, de tal manera que podamos amarnos fervientemente los unos a los otros y guardar la unidad del Cuerpo a cualquier precio. Finalmente, Él nos dio un espíritu de cordura, de tal manera que podamos entender claramente Su propósito y el deseo de Su corazón para cooperar con Él hasta el día del retorno de Cristo. ¡Damos gracias al Señor por tal espíritu, por semejante provisión divina!

Así pues, ejercitarse para la piedad consiste en cooperar con el Señor a fin de que Él obtenga Su expresión y en contrarrestar toda decadencia de la iglesia. Al referirnos a la decadencia de la iglesia, veremos decir que la iglesia es llevada hacia abajo como hojas muertas que arrastra la corriente. El Señor desea hacernos como peces llenos de vida que nadan contra la corriente que va en descenso, es decir, personas que ejercitan su espíritu a fin de cooperar con Aquel que nos

capacita para ir en contra de la decadencia de la iglesia de tal manera que Él obtenga Su expresión.

Además, sin el ejercicio de nuestro espíritu, no es posible que haya la realidad del Cuerpo de Cristo (Ef. 2:22; 3:16; 4:4, 23). Sin el ejercicio de nuestro espíritu, no es posible que Dios sea manifestado en la carne. Si no ejercitamos nuestro espíritu, sólo tendremos la manifestación de la carne y no la manifestación de *Dios* en la humanidad. Si no ejercitamos nuestro espíritu, la decadencia de la iglesia estará presente. Al ejercitar nuestro espíritu, podemos vencer la degradación de la iglesia y unirnos al Cristo triunfante, victorioso e invencible a fin de prevalecer sobre el caos satánico y vencerlo.

Una característica de todos los disturbios ocurridos a lo largo de los siglos —incluyendo aquellos ocurridos en el recobro del Señor— es que mengua el ejercicio del espíritu y predomina la expresión de las opiniones, de las críticas y de las inclinaciones naturales (cfr. 2 Ti. 2:16-18). Debemos dar gracias al Señor por haber recobrado el ejercicio de nuestro espíritu, de modo que podemos permanecer firmes del lado del Señor y contrarrestar la decadencia de la iglesia por causa del testimonio de Jesús (Ap. 1:2, 10).

Hechos 9 revela que Saulo de Tarso, en su conversión, vio que los creyentes a quienes él perseguía eran el aumento de Jesús, la manifestación corporativa de Dios en la carne. El Señor, dirigiéndose a Pablo desde los cielos, le dijo: “¿Por qué me persigues? ... Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (vs. 4-5). Pablo, entonces, pudo comprender que aquel grupo de personas que ejercitaban su espíritu eran el agrandamiento de Cristo, la manifestación corporativa de Dios en la carne. Así pues, Dios era expresado en esta entidad corporativa humana y mediante tal entidad, la cual era el testimonio de Jesús. Si bien tal clase de piedad, la manifestación de Dios en la carne, ya existía en tiempos de la conversión de Pablo, la decadencia de la iglesia no tardó en surgir. Por tanto, en 2 Timoteo, Pablo recalcó el ejercicio de nuestro espíritu a fin de que contrarrestemos la decadencia de la iglesia y que vacunemos a los creyentes en contra de tal decadencia.

SEGÚN EL “DISEÑO ORIGINAL” ACORDE CON EL PROPÓSITO ORIGINAL DE DIOS, EL HOMBRE OCUPA EL LUGAR CENTRAL EN EL UNIVERSO Y LA PARTE CENTRAL DE SU SER ES SU ESPÍRITU

Según el “diseño original” acorde con el propósito original de Dios, el hombre ocupa el lugar central en el universo y la parte central de su

ser es su espíritu (Zac. 12:1; Gn. 2:7). En los primeros dos capítulos de Génesis se nos revelan los detalles del diseño original del edificio de Dios. Apocalipsis 21 y 22 nos revelan la Nueva Jerusalén, es decir, el producto final, el edificio de Dios, en el que Dios se forja en Su pueblo y forja a Su pueblo en Él a fin de lograr Su expresión y, en amor, obtener plena satisfacción (21:2-3, 22). Debemos recibir de manera fresca la visión de que nuestro espíritu es de crucial importancia a fin de que cooperemos con el Señor en Su economía y contrarrestemos la decadencia de la iglesia.

En Zacarías 12:1 se nos habla de: “Jehová, que extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él”. La meta de Dios, el “blanco” divino al cual Él apunta, aquello en lo cual Él está concentrado de todo corazón, no es el universo o la tierra, ni tampoco el hombre, sino el espíritu del hombre (Is. 66:1-2). En Zacarías 12:1 podemos ver cuán importante es el espíritu del hombre. Allí, el espíritu humano está considerado en el mismo rango o nivel que corresponde a los cielos y a la tierra. Según Génesis 2:7, el espíritu humano se produjo cuando Dios sopló en la nariz del hombre Su aliento de vida. El aliento de vida de Dios es el material más noble y elevado con el que Dios pudo haber creado algo. ¡Cuán maravilloso e importante es nuestro espíritu! Si bien a diario millones de personas están dispuestas a gastar una fortuna a fin de ver toda clase de cosas terrenales, ellas rara vez se fijan en el espíritu humano, ignorándolo y no dándole importancia. Sin embargo, toda la atención de Dios está puesta en el espíritu del hombre, el cual ocupa el lugar central en el universo.

**Los cielos fueron creados para la tierra,
la tierra fue creada para el hombre,
y el hombre fue creado por Dios con un espíritu
a fin de que tenga contacto con Dios, le reciba, le contenga,
le adore, le viva, cumpla el propósito divino
que satisface a Dios, le exprese y sea uno con Él**

Los cielos fueron creados para la tierra, la tierra fue creada para el hombre, y el hombre fue creado por Dios con un espíritu a fin de que tenga contacto con Dios, le reciba, le contenga, le adore, le viva, cumpla el propósito divino que satisface a Dios, le exprese y sea uno con Él (Pr. 20:27; Jn. 4:24; 1 Co. 6:17). Una de las definiciones de adorar a Dios es correr a Su encuentro para besarle. Nosotros, pues, podemos adorar a Dios y besarle al ejercitar nuestro espíritu y decirle: “Señor, te amo”. En

1 Corintios 6:17 se nos dice de manera clara y concisa que somos uno con Dios: “Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Aunque el universo está compuesto por millones de cosas, sólo una de ellas tiene la capacidad de recibir a Dios: nuestro espíritu humano (Jn. 3:6).

**Si Dios no fuera el Espíritu
y si nosotros no tuviéramos un espíritu
con el cual podamos tener contacto con Dios y ser uno con Él,
el universo estaría vacuo y nosotros mismos seríamos vanidad**

Si Dios no fuera el Espíritu y si nosotros no tuviéramos un espíritu con el cual podamos tener contacto con Dios y ser uno con Él, el universo estaría vacuo y nosotros mismos seríamos vanidad (Ec. 1:2; 3:11; Job 32:8; 12:10; 2 Co. 4:13, 16-18). Eclesiastés nos dice que todo bajo el sol es vanidad de vanidades (1:2). Salomón, quien escribió Eclesiastés, poseía gran sabiduría, vasto conocimiento e innumerables riquezas. Él poseía más riquezas que las que nosotros habremos de acumular en el curso de nuestras vidas. Aun así, él experimentó que el fruto final de poseer todas estas riquezas era vanidad de vanidades, era un vacío absoluto. Después Salomón dijo, en 3:11, que Dios “ha puesto eternidad en el corazón del hombre [heb.]”. Debido a que poseemos un espíritu humano, hay eternidad en nuestro corazón. La versión Amplificada de la Biblia (en inglés) dice que esta eternidad en el corazón del hombre se refiere a: “el sentir divino implantado por Dios en el hombre de que debe existir un propósito superior, que trasciende todas las eras, y que nada debajo del sol, excepto Dios mismo, podrá satisfacer”. Si bien fuera de Cristo todo es vanidad de vanidades, cuando ejercitamos nuestro espíritu para disfrutar a Cristo, Él llega a ser para nosotros nuestro cantar de cantares, nuestra satisfacción de satisfacciones. Puesto que Dios está corporificado en Cristo y Él es la satisfacción de satisfacciones, Salomón nos insta: “Acuérdete de tu Creador en los días de tu juventud” (12:1).

En 2 Corintios 4:13 dice: “Y teniendo el mismo espíritu de fe conforme a lo que está escrito: ‘Creí, por lo cual hablé’, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos”. Tenemos un espíritu de fe; debemos ejercitar nuestro espíritu para creer y proclamar lo que creemos. En Hebreos 11:1 dice que la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera. El gran Dios, quien creó los cielos, la tierra y a nosotros mismos, fue quien formó el espíritu humano dentro de nosotros a fin

de que pudiéramos dar sustantividad en nuestro ser a Aquel que no vemos, a Dios mismo. Es nuestro espíritu el que tiene la capacidad de dar sustantividad en nuestro ser a Dios mismo. De la misma manera que con nuestros ojos damos sustantividad al color de las cosas que vemos, con nuestros oídos al sonido que escuchamos y con nuestra nariz al olor que percibimos, podemos también dar sustantividad en nuestro ser a Dios mismo, por medio de nuestro espíritu de fe. Por tanto, en 2 Corintios 4:1 dice que no debíamos desanimarnos. Puesto que Dios nos ha dado un espíritu de fe para dar sustantividad en nuestro ser al maravilloso Dios invisible, no debemos desanimarnos. Por haber hallado nuestro espíritu, el órgano con el cual damos sustantividad en nuestro ser a Dios mismo, podemos orar a Él diciéndole: “Señor, aunque jamás te he visto, creo en Ti. Señor, jamás te he visto, pero te amo”.

Debido a la caída, los hombres no solamente han ignorado y desatendido el espíritu humano, sino que incluso se han negado a admitir que el hombre posee un espíritu

Debido a la caída, los hombres no solamente han ignorado y desatendido el espíritu humano, sino que incluso se han negado a admitir que el hombre posee un espíritu (cfr. 1 Ts. 5:23; He. 4:12; Jud. 19). Sin embargo, en 1 Tesalonicenses 5:23 dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irrepreensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Este versículo nos revela que el hombre consta de tres partes, a saber: espíritu, alma y cuerpo. Hebreos 4:12 también deja bien en claro que hay una diferencia entre el alma y el espíritu: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. Aunque muchos afirman que el alma y el espíritu son lo mismo, cuando usted descubre la verdad acerca del espíritu humano, sus experiencias de Cristo aumentan y se hacen más frecuentes y constantes.

Debido a la caída, los hombres no solamente han ignorado y desatendido el espíritu humano, sino que incluso se han negado a admitir que el hombre posee un espíritu. Judas 19 dice: “Estos son los que causan divisiones; los anímicos, que no tienen espíritu”. Este versículo nos da a entender que todo aquel que causa divisiones es una persona

anímica, que no tiene espíritu. La nota de este versículo referente a la palabra *espíritu* dice:

Se refiere al espíritu humano, y no al Espíritu de Dios. Los apóstatas no tienen espíritu. No es que ellos “en realidad han dejado de tener un espíritu, como parte de su propia naturaleza tripartita [1 Ts. 5:23], sino que éste ha dejado de tener eficacia en ellos; su espíritu está degradado y bajo el poder del *psujé* [el alma], la vida de la persona, de tal modo que no tiene verdadera vitalidad por sí mismo” (Alford). A ellos no les interesa su espíritu ni lo ejercitan. No usan su espíritu en comunión con el Espíritu de Dios para tener contacto con Dios; tampoco viven ni andan en su espíritu. Ellos han caído en degradación bajo la influencia de su carne y han llegado a ser carnales, de modo que su conciencia ha perdido su capacidad de percibir (véase la nota 2 de 2 P. 2:12) y ellos han llegado a ser como animales irracionales (Jud. 10).

Quiera el Señor salvarnos de convertirnos en una persona que no ejercita su espíritu, que causa divisiones o que ha llegado a ser como un animal irracional.

Como vaso que era, el hombre debía ejercitar su espíritu para recibir a Dios en Cristo como el árbol de la vida, a fin de que la vida divina pudiera fluir como un río por la parte más profunda de su ser y transformarlo en el material precioso apto para el edificio de Dios, la expresión eterna de Dios

Como vaso que era, el hombre debía ejercitar su espíritu para recibir a Dios en Cristo como el árbol de la vida, a fin de que la vida divina pudiera fluir como un río por la parte más profunda de su ser y transformarlo en el material precioso apto para el edificio de Dios, la expresión eterna de Dios (Gn. 1:26; 2:7-12, 22; 1 Ti. 4:7-8). En Génesis 2 se nos revelan los detalles del diseño original que Dios trazó en conformidad con Su propósito original. El hombre, quien fue creado como un vaso a imagen de Dios, también fue creado con un espíritu (1:26; 2:7). Después, el hombre fue puesto frente al árbol de la vida, lo cual indica que él debía ejercitar su espíritu para recibir a Dios como vida en su interior (Jn. 6:57; 14:6; 15:1). Luego, vemos que el río salía del Edén para regar el huerto, lo cual simboliza que el resultado o producto de recibir a Dios como árbol de la vida es que la vida divina fluye

como un río dentro del hombre. Desde el huerto, el río se divide en cuatro vertientes, lo cual significa que la vida divina que fluye como un río habrá de fluir hasta la parte más profunda de nuestro ser para luego, desde allí, transformar todas las partes que componen nuestro ser (Jn. 7:37-39). La corriente de este río produce tres materiales preciosos: oro, bedelio (una especie de perla) y ónice (una piedra preciosa); esto significa que la vida divina, al fluir en el hombre, lo transforma en materiales preciosos, los cuales son aptos para el edificio de Dios. Finalmente, encontramos que la Nueva Jerusalén está construida con estas tres clases de materiales: oro, perla y piedras preciosas (Ap. 21:11, 18-21).

En Génesis 2 también se nos relata que el Señor puso a Adán a dormir, tomó una de las costillas de su costado y con ella formó una mujer. La formación o edificación de Eva a partir de la costilla obtenida del costado de Adán, tipifica la edificación de la iglesia con la vida de resurrección que procede de Cristo, la cual fluyó de Él en virtud de Su muerte y nos fue impartida en virtud de Su resurrección (Jn. 12:24; 1 P. 1:3). Dios nos creó como un vaso a Su imagen, con un espíritu; luego, nos puso frente al árbol de la vida para que le tomásemos como nuestra vida y le disfrutásemos como el río de agua de vida que fluye en nuestro ser a fin de hacer de nosotros materiales preciosos que, al ser conjuntamente edificados, llegarán a ser Su pareja idónea para satisfacción Suya. La clave para que se haga realidad el anhelo de Dios de obtener Su novia en este romance divino, es que nosotros veamos a nuestro espíritu como el elemento central de todos estos detalles del diseño del edificio de Dios y, por tanto, que ejercitemos nuestro espíritu en todo momento a fin de recibir a Dios en Cristo como vida. Es por eso que en 1 y 2 Timoteo, Pablo recalca la necesidad de ejercitar nuestro espíritu. En 1 Timoteo 4:7 Pablo nos manda ejercitarnos para la piedad, mientras que en el 2 Timoteo 1:6-7 nos insta a ejercitar nuestro espíritu. Por tanto, ejercitarnos para la piedad es ejercitar nuestro espíritu.

*El aliento de Dios se ha convertido en nuestro espíritu humano,
y nuestro espíritu es la lámpara de Dios que
contiene a Dios como aceite y nos ilumina*

El aliento de Dios se ha convertido en nuestro espíritu humano, y nuestro espíritu es la lámpara de Dios que contiene a Dios como aceite y nos ilumina (Gn. 2:7; Pr. 20:27). En Proverbios 20:27 dice: “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, / La cual escudriña lo más

profundo de su ser”. El espíritu del hombre se produjo cuando Dios sopló en el hombre el aliento de vida; ello ocurrió a fin de que el hombre pudiese recibir al Espíritu de Dios tal como la lámpara recibe el aceite. Cristo como el Espíritu es el aceite en nuestro ser a fin de resplandecer en nuestro interior (2 Co. 3:17; 4:6). Como tal, Cristo viene a nosotros como vida y luz: “En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Jn. 1:4). Nosotros nos volvemos personas vivientes y resplandecientes al recibir al Espíritu como aceite en nuestro ser. Asimismo, cuando dejamos de recibir al Espíritu como aceite en nuestro ser, caemos en muerte y tinieblas. Dios nos creó con un espíritu a fin de recibirle como el aceite divino y como la luz de la vida (8:12).

Dios nos creó con un espíritu, y la parte preponderante de nuestro espíritu es nuestra conciencia (Ro. 9:1; 8:16). Tenemos que aprender a ejercitar nuestro espíritu procurando tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres (Hch. 24:16). Cuando tenía trece años de edad, antes de ser salvo, robé una pelota de béisbol en una tienda. De inmediato, en mi conciencia se activó una pequeña alarma. Esa alarma en mi conciencia sonaba cada vez más y más fuerte, y me parecía que todos los que estaban en la tienda me estaban observando; aun así, logré salir de la tienda, llegué a casa sin problemas, y esa alarma en mi conciencia dejó de sonar. Pero después de algunos años, fui salvo. Entonces, la alarma en mi conciencia comenzó a sonar nuevamente debido a que el Espíritu, que es el aceite, había entrado en mi espíritu, que es la lámpara de Jehová. Así pues, Cristo mismo como la luz de vida había entrado en mi espíritu y ahora Él resplandecía dentro de mí y me recordaba: “Tú robaste esa pelota”. Como resultado de ello, tuve que efectuar la debida restitución a la tienda de la cual había hurtado. Ésta fue una de las primeras restituciones que hice a fin de estar en paz con Dios y con los hombres, y ello me ayudó enormemente a experimentar al Señor como mi vida.

*El espíritu del hombre vino a ser una lámpara rota debido
a la caída del hombre, pero mediante la obra de recobro que Dios
realiza al salvarnos, el espíritu del hombre es regenerado, reedificado
y reforzado con el Espíritu vivificante siete veces intensificado*

El espíritu del hombre vino a ser una lámpara rota debido a la caída del hombre, pero mediante la obra de recobro que Dios realiza al salvarnos, el espíritu del hombre es regenerado, reedificado y reforzado con el Espíritu vivificante siete veces intensificado (Gn. 2:7; Pr. 20:27;

Jn. 3:6; Ap. 4:5; 1 Co. 15:45). El espíritu del hombre es recobrado plenamente a fin de que podamos resistir la decadencia. En resurrección, Cristo fue hecho Espíritu vivificante; pero, debido a la degradación y decadencia de la iglesia, Él fue intensificado siete veces. De este modo nosotros tenemos el suministro necesario para contrarrestar toda decadencia o degradación de la iglesia. Esto nos muestra cuán importante es el espíritu para poder cooperar con el Señor.

El centro rector del hombre y la parte más prominente de su ser debe ser su espíritu; un hombre espiritual es alguien que vive regido y regulado por su espíritu

El centro rector del hombre y la parte más prominente de su ser debe ser su espíritu; un hombre espiritual es alguien que vive regido y regulado por su espíritu (2:14-15; 3:1; 14:32; Ef. 3:16; 1 P. 3:4; Dn. 6:3, 10). En 1 Corintios 2:15 se nos habla de un hombre espiritual. Un hombre espiritual no es una persona rara o anormal, sino una persona que es regida, regulada, dirigida, gobernada y guiada por su espíritu. Pero jamás seremos personas regidas por nuestro espíritu a menos que seamos santos que ejercitan constantemente su espíritu. Nosotros anhelamos que nuestro espíritu sea la parte más prominente de nuestro ser.

En términos prácticos, en nuestra vida cotidiana sabemos si nuestro espíritu ocupa el lugar más prominente en nuestro ser al examinar aquello que sale de nuestros labios. Por ejemplo, si nuestro cónyuge nos dice algo, nosotros respondemos, o si las personas con las que vivimos nos dicen algo, de inmediato respondemos; pero la fuente de nuestras contestaciones es el alma. Una y otra vez, nos damos cuenta de que nuestro espíritu ha dejado de ocupar el lugar más prominente en nuestro ser. Sin embargo, el objetivo de Dios, Su meta, es que seamos personas espirituales que ejercitan su espíritu a fin de ser guiados, gobernados, regulados y dirigidos por dicho espíritu.

A fin de que nuestro espíritu ocupe siempre el lugar más prominente en nuestro ser, es necesario que apliquemos Efesios 3:16. Allí Pablo ruega al Padre: “Para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”. Todos los días debemos orar diciendo: “Oh Padre, fortaléceme en mi hombre interior”. Orar así es el primer paso para ser fortalecidos. Además de esto, queremos ser personas que ejercitan constantemente su espíritu a fin de que éste sea la parte más prominente de nuestro ser.

En 1 Pedro 3:4 se menciona el “hombre interior escondido en el

corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu manso y sosegado, que es de gran valor delante de Dios”. Queremos ser personas en quienes destaca un espíritu manso y sosegado, no un espíritu belicoso y pendenciero, que siempre está intentando ganar y poseer algo para sí. Sólo entonces poseeremos el ornato apropiado y seremos hermosos. Toda hermana que desea ser hermosa debe darle la debida importancia y atención a su espíritu. Una hermana a quien no le importa su espíritu, es una hermana poco atractiva.

En Daniel 6:3 se nos dice: “Este mismo Daniel se distinguía entre estos ministros y sátrapas, porque había en él excelencia de espíritu; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino”. Daniel descollaba muy por encima de todos los magistrados y gobernadores de su tiempo debido a que poseía un espíritu excelente. En el versículo 10 dice: “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa (en su aposento superior mantenía las ventanas abiertas hacia Jerusalén), y se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios; así lo había hecho siempre hasta aquel día”. Daniel ejercitaba constantemente su espíritu de oración y de acción de gracias; como resultado de ello, él poseía un espíritu excelente.

El hecho de que Dios se forje en el hombre es tipificado tanto por el tabernáculo como por el pectoral del sacerdote, y nuestro espíritu mezclado es la clave para que esto se lleve a cabo

El hecho de que Dios se forje en el hombre es tipificado tanto por el tabernáculo como por el pectoral del sacerdote, y nuestro espíritu mezclado es la clave para que esto se lleve a cabo. Tanto el tabernáculo como el pectoral del sacerdote nos muestran la obra de edificación que Dios realiza. Para que esta obra edificadora sea llevada a cabo, es de suma importancia guardar la unidad. Dios se expresa en unidad mediante nuestro espíritu mezclado; así pues, este espíritu mezclado es crucial. En Efesios 2:22 dice: “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu”. Así pues, la obra edificadora de Dios tiene lugar en nuestro espíritu mezclado. Por ello, después se nos habla en Efesios 3:16-17 con respecto a ser fortalecidos por Dios en nuestro hombre interior, y luego, con respecto a que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón al forjarse en el mismo. En esto consiste el edificio de Dios. El edificio de Dios es la expansión y agrandamiento de Cristo; es decir, el edificio de Dios no es sino el

incremento en nosotros de Dios y Cristo. Sin embargo, la clave para que esta edificación se realice estriba en nuestro espíritu mezclado. Por ello, tenemos que ser fortalecidos en nuestro hombre interior y ser poseedores de un espíritu mezclado que sea fuerte y prevaleciente.

Las barras que unían las tablas del tabernáculo eran de madera de acacia recubierta de oro, lo cual representa al espíritu mezclado, es decir, el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano, el cual llega a ser el vínculo de la paz

Las barras que unían las tablas del tabernáculo eran de madera de acacia recubierta de oro, lo cual representa al espíritu mezclado, es decir, el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano, el cual llega a ser el vínculo de la paz (Éx. 26:26-30; Ro. 8:16; Ef. 4:3-4). En Éxodo, el arca del testimonio, que representa a Cristo, se encontraba en el tabernáculo. Por ello, el tabernáculo era llamado el tabernáculo del testimonio. Este tabernáculo, pues, era la expresión ensanchada del arca, o también podríamos decir que el arca que había sido ensanchada era el tabernáculo. El testimonio de unidad era el testimonio clave del tabernáculo, debido a que las tablas del tabernáculo eran erigidas hasta conformar una sola entidad. El elemento que resulta ser un factor crucial para mantener a las tablas en tal unidad era la barra unificadora, la cual estaba hecha de madera de acacia recubierta de oro (Éx. 26:26, 29). Hoy en día, todos nosotros somos como tablas que han sido conjuntamente erigidas, y el secreto para guardar nuestra unidad es el espíritu mezclado. Es menester, pues, que la barra unificadora, el Espíritu, nos haga uno y nos mantenga unidos. En Efesios 4:3-4 dice: “Diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un Cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación”. Si con diligencia, gran interés y disposición de ánimo ejercitamos constantemente nuestro espíritu, estaremos cooperando con Cristo como el Espíritu unificador al dejarle atravesar nuestro espíritu y, junto con nuestro espíritu, alcanzar el espíritu de otros hermanos.

Cuando nos encontramos en medio de un disturbio o tormenta espiritual, la oración corporativa entre los hermanos quizás se vuelva muy débil. En tales situaciones, no hay mucha oración ni mucho Espíritu, pero hay muchas opiniones y críticas. Sin embargo, una verdadera panacea y una manera muy eficaz de prevalecer sobre la decadencia es ejercitar nuestro espíritu en oración. Cómo nos ejercitemos para orar

determinará cómo permaneceremos firmes y en unidad. Cuando cooperamos con Cristo, el Espíritu unificador, y le dejamos pasar a través de nosotros a fin de unirnos a las otras tablas con las cuales estamos erigidos, podemos ser el testimonio de Jesús en la unidad que es inherente al Dios Triuno. El Señor oró por la unidad (Jn. 17:21), después de lo cual Él mismo llegó a ser la unidad al ser hecho el Espíritu. Ahora nosotros queremos cooperar con Él y permitir que nos edifique conjuntamente en la unidad del Espíritu; hacemos esto al ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Después, en Efesios 4:4, se nos muestra que cuanto más ejercitemos nuestro espíritu mezclado, más unidad tendremos. En todas las reuniones tenemos que ejercitar nuestro espíritu, como si estuviéramos haciendo ejercicio en un gimnasio. Debemos, pues, permitir que el Espíritu, quien es la barra que nos atraviesa y nos une, nos perfeccione aun más en unidad. Cuando permitimos que el Espíritu nos atravesase, cuando atendemos al Espíritu y somos diligentes en guardar al Espíritu como nuestra unidad, el testimonio más prevaleciente entre nosotros habrá de ser el amor que nos tenemos los unos a los otros. El amor prevalece, el cual es Dios mismo.

En el Nuevo Testamento la realidad del Urim y del Tumim, que formaban parte del pectoral, es el espíritu mezclado, a saber, el Espíritu de Dios que trae revelación, el Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu, el cual es el receptor, nuestro espíritu humano regenerado

En el Nuevo Testamento la realidad del Urim y del Tumim, que formaban parte del pectoral, es el espíritu mezclado, a saber, el Espíritu de Dios que trae revelación, el Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu, el cual es el receptor, nuestro espíritu humano regenerado (Éx. 28:30; Ro. 8:4, 14; 1 Co. 2:9-12). El Urim y el Tumim están vinculados al pectoral, y el pectoral está vinculado al edificio de Dios. El pectoral estaba compuesto de doce piedras, y en estas doce piedras, las cuales estaban distribuidas en cuatro hileras de tres, se hallaban inscritos los doce nombres de las doce tribus de Israel. El número cuatro representa al hombre como criatura, y el número tres representa al Dios Triuno. La multiplicación de tres por cuatro es doce, lo cual representa la mezcla del Dios Triuno y el hombre, o sea, la mezcla de la divinidad y la humanidad. El número doce representa el edificio de Dios, esto es, la mezcla de Dios y el hombre, y dicho número también es el número

de la Nueva Jerusalén. Para ser partícipes en la obra de edificación con miras a que Dios obtenga Su testimonio, tenemos que cooperar con el Señor.

El Urim y el Tumim también formaban parte del pectoral. Los nombres inscritos en las doce piedras del pectoral constituían dieciocho de las veintidós letras del alfabeto hebreo. Las cuatro letras restantes del alfabeto hebreo se hallaban inscritas en el Tumim. El Urim era insertado debajo de las doce piedras para iluminarlas. Por tanto, el Urim tipifica a Cristo como Iluminador, como Aquel que alumbraba. El Tumim, que completaba el alfabeto hebreo, tipifica a Cristo como Aquel que perfecciona y completa. Esto significa que cada vez que ejercitamos nuestro espíritu y disfrutamos el espíritu mezclado, disfrutamos a Cristo como Aquel que nos ilumina y nos perfecciona. Siempre y cuando ejercitamos nuestro espíritu en beneficio del edificio de Dios y conforme a éste, Cristo es impartido en nosotros de una manera fresca e inscrito en nuestros corazones. Además, Cristo es infundido en nuestro ser como nuevo mensaje, a fin de que nosotros lo impartamos a Él en otros, y así, participemos en la obra edificadora de Dios. Por tanto, queremos ejercitar nuestro espíritu día tras día y, tal como se anuncia en 1 Juan 1:3, ser de aquellos que ven, oyen y anuncian. Tenemos que ejercitar nuestro espíritu mezclado y disfrutar al Cristo que nos ilumina, nos alumbraba, nos perfecciona y nos hace completos, a fin de que lo anunciemos y lo impartamos a las demás personas y así, alentemos a otros con miras al edificio de Dios.

**El Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano
y estos dos mezclados como un solo espíritu,
el espíritu mezclado, es el punto central y estratégico
de la economía de Dios**

El Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y estos dos mezclados como un solo espíritu, el espíritu mezclado, es el punto central y estratégico de la economía de Dios (Jn. 3:6; Ro. 8:16; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17; 1 Ti. 1:4; 2 Co. 4:13). Así como la Biblia gira en torno a la economía de Dios, esta serie de mensajes también se centra en dicha economía. El punto central y estratégico de esta economía es nuestro espíritu mezclado. En 1 Corintios 6:17 dice: “Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Nosotros, los creyentes, somos un solo espíritu con el Señor. Luego, en 2 Corintios 4:13 dice que tenemos un espíritu de fe. La economía de Dios se funda en la fe, y nosotros

tenemos un espíritu de fe. Por tanto, nuestro espíritu de fe es el punto central y estratégico mediante el cual participamos en la economía de Dios.

***El camino sobresaliente para llevar a cabo la economía de Dios
es vivir y hacerlo todo según el Espíritu
al ejercitar nuestro espíritu***

El camino sobresaliente para llevar a cabo la economía de Dios es vivir y hacerlo todo según el Espíritu al ejercitar nuestro espíritu (Job 10:13; Ef. 3:9; Ro. 8:4; Gá. 5:25). Si bien Job era recto e íntegro, él erró el blanco; el deseo de Dios consistía en forjarse a Sí mismo en Job a fin de serlo todo para él. El Espíritu mezclado con nuestro espíritu lo es todo. Si tenemos a este Espíritu en nuestro espíritu, lo tenemos todo. En *Life-study of Job* [Estudio-vida de Job], el hermano Lee pregunta: “¿Quién es Dios? Dios es el Espíritu. ¿Quién es el Padre? El Padre es el Espíritu. ¿Quién es Cristo? Cristo es el Espíritu. El Espíritu es la totalidad, la suma total, la consumación, del Dios Triuno y todos Sus ingredientes” (pág. 108). Luego continúa: “Como cristianos que somos, lo único que necesitamos es el propio Dios Triuno procesado y consumado, quien ahora es el Espíritu vivificante y todo-inclusivo. El Espíritu es todo lo que necesitamos. Nuestra necesidad no consiste primordialmente en tener justicia ni ser justificados, tampoco consiste en tener santidad ni ser santificados; más bien, lo que necesitamos principal y centralmente es el Dios Triuno procesado y consumado, quien es el Espíritu, y todo Su rico suministro. Este Espíritu ahora mora en nosotros y es uno con nosotros en vida así como en naturaleza y esencia; y nosotros también somos uno con Él. Es menester que todos recibamos una clara visión al respecto” (págs. 108-109). En 1 Corintios 15:10 leemos: “Por la gracia de Dios soy lo que soy; y Su gracia para conmigo no ha sido en vano, antes he trabajado mucho más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”. Somos lo que somos por la gracia de Dios, por el disfrute de la gracia, por el disfrute de este maravilloso Dios.

El camino que tomamos para cumplir la economía de Dios consiste en andar conforme al espíritu, pues todo se halla en el maravilloso Espíritu que se ha mezclado con nuestro espíritu. En el mismo mensaje, el hermano Lee añade lo siguiente: “Ser un cristiano no sólo es difícil, sino que es imposible. El Dios Triuno procesado y consumado, quien como Espíritu todo-inclusivo mora en nosotros, es el único

apto para ser un cristiano” (pág. 109). Ninguno de nosotros, por cuenta propia, puede satisfacer los requisitos neotestamentarios; sin embargo, el Espíritu mora en nuestro ser. El Espíritu es el único cristiano. “El Espíritu es el único apto para ser un cristiano, y el Espíritu es el único apto para ser un vencedor” (págs. 109-110). Ciertamente, todos nosotros queremos ser vencedores, pero para ello se requiere que ejercitemos nuestro espíritu a fin de disfrutar esta Persona maravillosa que se ha mezclado con nosotros.

Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, percibimos el Cuerpo, pues el Cuerpo está en nuestro espíritu

Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, percibimos el Cuerpo, pues el Cuerpo está en nuestro espíritu (Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18). Cada uno de los capítulos de Efesios nos revela algún aspecto de la iglesia, aspectos tales como el Cuerpo de Cristo en el capítulo 1 y el guerrero en el capítulo 6. Sin embargo, la clave para percibir el Cuerpo de Cristo es el espíritu. Si no hay espíritu, no hay Cuerpo. Si ejercitamos poco nuestro espíritu, habrá poca medida del Cuerpo. Pero si ejercitamos nuestro espíritu en gran manera, el Cuerpo se manifestará en gran medida. Tenemos que ejercitar nuestro espíritu, ya que sólo así podremos percibir el Cuerpo. Ésta es la razón por la cual en los tiempos en que surgen los disturbios, mengua el ejercicio del espíritu, pero a la vez, abunda la expresión de las opiniones, de las críticas y de las personalidades dominantes. Esto produce caos, y la unidad es anulada. No obstante, el Señor, en Su provisión divina, nos dio un espíritu, un espíritu que se ha mezclado con Aquel que es todo-inclusivo y el cual podemos ejercitar. Puesto que la realidad del Cuerpo se halla en nuestro espíritu, cuando ejercitamos nuestro espíritu, percibimos el Cuerpo y guardamos la unidad.

Si permanecemos en nuestro espíritu, vencemos al mundo, no podemos pecar, el maligno no puede tocarnos y somos guardados de la idolatría

Si permanecemos en nuestro espíritu, vencemos al mundo, no podemos pecar, el maligno no puede tocarnos, y somos guardados de la idolatría (1 Jn. 5:4, 18-19, 21). En 1 Juan 5:4 dice: “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”. Esto significa que nuestro espíritu vence al mundo. Luego el versículo 18 dice: “Todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado”. Existe en nuestro ser una parte

que no puede pecar y que el maligno no puede tocar; esa parte es nuestro espíritu. Nuestro espíritu es el único lugar en el universo que está libre de las huellas de Satanás. Nuestro espíritu es el territorio del Dios Triuno. Con sólo percatarnos un poquito de la protección que gozamos por el hecho de que nuestro espíritu está mezclado con el Espíritu, nos volveremos locos de gozo. Y esto nos incentivará a ser de aquellos que ejercitan su espíritu.

EL TEMA DE 2 TIMOTEO ES LA VACUNA CONTRA LA DECADENCIA DE LA IGLESIA; Y LA CLAVE PARA RECIBIR ESTA VACUNA Y SUMINISTRÁRSELA A OTROS, ES EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU

El tema de 2 Timoteo es la vacuna contra la decadencia de la iglesia; y la clave para recibir esta vacuna y suministrársela a otros, es ejercitar nuestro espíritu (1:6-7; 1 Ti. 4:7-8; Hch. 6:10; 1 Co. 14:32). La vacuna es simplemente Cristo mismo, el Dios Triuno procesado y consumado quien es el Espíritu todo-inclusivo, vivificante y siete veces intensificado. Él es la vacuna. Si queremos recibir esta vacuna y suministrársela a otros, la clave consiste en que ejercitemos nuestro espíritu. El Cristo todo-inclusivo, invencible, invicto, inmutable, victorioso, triunfante y preeminente, quien es el Espíritu todo-inclusivo, vivificante, compuesto y siete veces intensificado, mora en nuestro espíritu. Esta vacuna no es una cosa, sino que es una persona llena de preciosos ingredientes, y nuestro espíritu mezclado es el medio por el cual lo recibimos a Él en nuestro ser y lo suministramos a otros.

La piedad, una vida que expresa a Dios, es resultado de la impartición divina que se lleva a cabo con miras a cumplir la economía divina; esta impartición requiere que nosotros ejercitemos nuestro espíritu para vivir a Cristo en nuestra vida diaria con miras a la manifestación corporativa de Dios en la vida de iglesia

La piedad, una vida que expresa a Dios, es resultado de la impartición divina que se lleva a cabo con miras a cumplir la economía divina; esta impartición requiere que nosotros ejercitemos nuestro espíritu para vivir a Cristo en nuestra vida diaria con miras a la manifestación corporativa de Dios en la vida de iglesia (1 Ti. 1:3-4; 3:15-16; 4:7-8; 2 Ti. 1:6-7). Ésta es la definición de la palabra piedad, y la misma sigue

lo que se vio en el mensaje anterior con respecto a la manifestación corporativa de Dios en la carne. El secreto de dicha manifestación es el espíritu mezclado. La piedad sólo puede hacerse real al ejercitar nosotros nuestro espíritu. No estamos aquí para satisfacer nuestras propias necesidades, sino, más bien, para que Dios sea manifestado en la carne de una manera corporativa. Estamos aquí en pro de la iglesia, en pro del testimonio del Señor.

**La expresión *ejercítate* implica
el hecho de ser obligados a hacer algo;
si queremos ser cristianos fuertes y crecer en el Señor,
tenemos que obligarnos a usar nuestro espíritu,
hasta que ejercitarlo sea nuestro hábito prevaleciente**

La expresión *ejercítate* implica el hecho de ser obligados a hacer algo; si queremos ser cristianos fuertes y crecer en el Señor, tenemos que obligarnos a usar nuestro espíritu, hasta que ejercitarlo sea nuestro hábito prevaleciente. En 1 Timoteo 4:7 se nos exhorta: “Ejercítate”; esto se refiere a que ejercitemos nuestro espíritu. En esta línea de mensajes, uno de los aspectos apremiantes consiste en que veamos la importancia de nuestro espíritu, pero además queremos ser llevados a un vivir, a un continuo ejercicio y a un hábito prevaleciente respecto al ejercicio de nuestro espíritu. *Ejercitarnos* implica el hecho de ser obligados a realizar algo. Mediante tal ejercicio, podemos ser entrenados y llegar a estar en buena condición espiritualmente. Si nuestros “músculos” espirituales están débiles o atrofiados, podemos recuperar nuevamente nuestra fuerza al ejercitar nuestro espíritu.

El hermano Lee, quien era una persona vigorosa espiritualmente, se entregó por completo a adiestrarnos día tras día, reunión tras reunión y semana tras semana a fin de que ejercitáramos nuestro espíritu. Él hizo esto a fin de que fuéramos constituidos intrínsecamente con Cristo, para que Cristo fuera forjado en nuestro ser y para que nosotros fuéramos edificados juntamente en Cristo, con miras a Su manifestación corporativa. Le agradecemos al Señor por todo el adiestramiento que nos impartió nuestro querido hermano. Tenemos que ser aquellos que son pobres en espíritu, a fin de ser aquellos que abren su ser al Señor para ser adiestrados todo el tiempo.

Supongamos que en este momento alguien nos dijera que caminemos por dos horas y que luego, hagamos flexión de brazos; quizá no estemos dispuestos a hacerlo. En nuestra vida diaria, la mayoría de

nosotros tenemos que obligar nuestro cuerpo a hacer ejercicio físico. Esto nos muestra que el ejercicio físico implica el hecho de ser obligados a hacer algo. Del mismo modo, ejercitar nuestro espíritu conlleva que vayamos en contra de nosotros mismos.

**Ejercitar nuestro espíritu
equivale a avivar el fuego
de nuestro espíritu**

Ejercitar nuestro espíritu equivale a avivar el fuego de nuestro espíritu (2 Ti. 1:6-7). Ésta es la primera de las siete facetas del cristal presentado en este mensaje en cuanto al ejercicio de nuestro espíritu. En el libro *El Espíritu con nuestro espíritu*, el hermano Lee nos dice: “Después de haber visto la importancia de nuestro espíritu, queremos ver el ejercicio de nuestro espíritu. Debemos desarrollar el hábito de ejercitar nuestro espíritu. Al levantarme por las mañanas, lo primero que hago es decir espontáneamente: ‘Oh Señor’ ... Si los cristianos queremos ser fuertes y queremos crecer en el Señor, tenemos que vernos obligados a usar nuestro espíritu. Si nos forzamos a ejercitar nuestro espíritu, a ponerlo en uso, esto nos hará personas diferentes” (págs. 69-70). Si surge un problema entre nosotros y otra persona y no ejercitamos nuestro espíritu, entonces brotará de nuestro interior lo que somos por naturaleza, lo cual no edifica. Sin embargo, si nos vemos obligados a ejercitar nuestro espíritu y ponerlo en uso, llegamos a ser personas diferentes, especialmente en nuestra relación con los demás hermanos y hermanas.

***El fuego está encendido
en nuestro espíritu regenerado, en el cual
mora el Espíritu Santo; de hecho, nuestro espíritu es el fuego***

El fuego está encendido en nuestro espíritu regenerado, en el cual mora el Espíritu Santo; de hecho, nuestro espíritu es el fuego (cfr. Lc. 12:49-50; Ro. 12:11). En Lucas 12:49, el Señor dice que Él vino a echar fuego sobre la tierra. Este fuego es Él mismo como Espíritu vivificante, el cual nos ha sido transmitido a nuestro espíritu. El fuego está en nuestro espíritu, e incluso nuestro espíritu es el fuego; esto lo vemos en Romanos 12:11, que dice: “Fervientes en espíritu”. Por tanto, continuamente debemos avivar el fuego de nuestro espíritu abriendo las tres partes de nuestro ser: nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestra boca. En esto consiste avivar el fuego de nuestro espíritu. Especialmente

cuando invocamos diciendo: “Oh, Señor Jesús”, y al hacerlo abrimos todo nuestro ser a Él, llegamos a ser personas fervientes en espíritu.

*Los que somos salvos poseemos los recursos necesarios
para vivir la vida cristiana y la vida de iglesia;
estos recursos no son otra cosa
que el espíritu que Dios nos ha dado*

Los que somos salvos poseemos los recursos necesarios para vivir la vida cristiana y la vida de iglesia; estos recursos no son otra cosa que el espíritu que Dios nos ha dado. Llevar la vida cristiana es algo imposible. Nos es imposible ser un vencedor; sin embargo, tenemos la capacidad y los recursos necesarios para ello. Para vivir la vida cristiana y la vida de iglesia, tenemos el recurso del espíritu que Dios nos ha dado. El diablo nos engaña cuando decimos: “Oh, soy débil, estoy confuso y carezco de amor”. Si decimos esto, no nos estamos apoyando firmemente en los hechos divinos. Es un hecho divino que Dios nos ha dado un espíritu de poder, de amor y de cordura (2 Ti. 1:7).

**Ejercitar nuestro espíritu
conlleva tomar las medidas necesarias
con respecto a las diversas partes de nuestro corazón
—nuestra mente, nuestra parte emotiva, nuestra voluntad y
nuestra conciencia—, las cuales rodean nuestro espíritu**

Ejercitar nuestro espíritu conlleva tomar las medidas necesarias con respecto a las diversas partes de nuestro corazón —nuestra mente, nuestra parte emotiva, nuestra voluntad y nuestra conciencia—, las cuales rodean nuestro espíritu (1 P. 3:4; Sal. 51:10). En particular, necesitamos tomar medidas con respecto a nuestra conciencia, que es la parte preponderante de nuestro corazón y de nuestro espíritu.

*Un espíritu de poder es un espíritu
que cuenta con una voluntad sumisa que ha sido resucitada;
un espíritu de amor es un espíritu que cuenta
con una parte emotiva llena de Dios mismo como amor;
y un espíritu de cordura es un espíritu que cuenta
con una mente renovada*

Un espíritu de poder es un espíritu que cuenta con una voluntad sumisa que ha sido resucitada; un espíritu de amor es un espíritu que cuenta con una parte emotiva llena de Dios mismo como amor; y un

espíritu de cordura es un espíritu que cuenta con una mente renovada (2 Ti. 1:7). Si desarrollamos el hábito de ejercitar nuestro espíritu regenerado y mezclado, el cual es una extraordinaria provisión divina, entonces tendremos una voluntad sumisa que habrá sido conquistada y resucitada. En general, cuando la gente dice que alguien es obstinado, se refieren a que esa persona tiene una personalidad muy fuerte. Sin embargo, eso ciertamente no significa que dicha persona sea de voluntad férrea, sino que simplemente se trata de una persona obstinada. Ser obstinado para con Dios equivale a ser rebelde. Una voluntad férrea debería estar consagrada totalmente a Dios y al beneficio de Su economía. Queremos ejercitarnos para permitir que esta Persona opere en nuestras facultades a fin de que en nuestra experiencia poseamos un espíritu de amor, un espíritu de poder y un espíritu de cordura. Por tanto, queremos desarrollar el hábito de ejercitar nuestro espíritu a fin de que nuestro espíritu de poder cuente con una voluntad sumisa y resucitada, que nuestro espíritu de amor esté lleno de Dios como amor, y que nuestro espíritu de cordura cuente con una mente renovada.

*Ejercitar nuestro espíritu
es ejercitarnos en tener una buena conciencia
que esté libre de ofensas contra Dios y los hombres y en tener
una conciencia pura, lo cual implica tener un corazón puro
que únicamente busca a Dios y el cumplimiento de Su voluntad*

Ejercitar nuestro espíritu es ejercitarnos en tener una buena conciencia que esté libre de ofensas contra Dios y los hombres y en tener una conciencia pura, lo cual implica tener un corazón puro que únicamente busca a Dios y el cumplimiento de Su voluntad (1 Ti. 1:19; 3:9; 2 Ti. 1:3; Hch. 23:1; 24:16; Mt. 5:8; Sal. 73:25-26). Tenemos que estar atentos a nuestra conciencia, ya que nuestra conciencia forma parte integral de la relación que tenemos con el Señor y los unos con los otros. Nuestra actitud debería ser: “Señor, no permitas que yo sea la causa de cualquier problema que exista en el Cuerpo con los hermanos y las hermanas, o con cualquiera de las iglesias”. Nuestra conciencia debe ser activada en el contexto de la economía de Dios, a fin de que se mantenga la unidad y el testimonio del recobro del Señor. Agradezco al Señor por nuestra conciencia. Que seamos aquellos que nos ejercitamos continuamente en tener una buena conciencia y una conciencia pura, al preocuparnos únicamente por el Señor mismo y por lo que está en Su corazón, esto es, el Cuerpo de Cristo.

**Ejercitar nuestro espíritu regocijándonos siempre,
orando sin cesar y dando gracias en todo a fin de
disfrutar del Espíritu que mora en nosotros,
es la clave o secreto para hacer todas las cosas en Cristo**

Ejercitar nuestro espíritu regocijándonos siempre, orando sin cesar y dando gracias en todo a fin de disfrutar del Espíritu que mora en nosotros, es la clave o secreto para hacer todas las cosas en Cristo (2 Co. 12:2a; Fil. 4:11-13; Sal. 91:1; 1 Ts. 5:16-18). Dios tiene una voluntad para nosotros, la cual consiste en que nos regocijemos siempre, oremos y demos gracias en todo. Hay muchas claves o secretos que hacen que seamos personas que disfrutamos a Cristo al permanecer en Él. En Filipenses 4:12-13 Pablo dice: “En todas las cosas y en todo he aprendido el secreto, así a estar saciado como a tener hambre, así a tener abundancia como a padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me reviste de poder”. El secreto es esta persona; tenemos que permanecer en Él.

En el libro *The Experience of Christ* [La experiencia de Cristo], el hermano Lee nos revela numerosos secretos a fin de ayudarnos a ser aquellas personas que permanecen en Cristo. Al llegar al sexto y último secreto, el hermano Lee dijo: “Dios tiene una voluntad para nosotros, la cual consiste en que nos regocijemos siempre, oremos y demos gracias en todo. Éste es el sexto y último secreto, el secreto que podemos poner en práctica. Sin este último secreto, todos los demás secretos de nada nos servirán” (pág. 213). En cierto sentido, los otros cinco secretos no tienen gran importancia. Debemos empeñarnos en practicar el secreto de disfrutar al Espíritu que mora en nosotros, el cual lo es todo. Él es Dios, Él es hombre, Él es el verdadero cristiano y Él es el Vencedor. Por tanto, queremos disfrutarle como Espíritu que mora en nosotros al regocijarnos, orar y darle gracias en todo.

**Ejercitar nuestro espíritu es orar,
es acercarse a Dios de manera íntima y personal,
teniendo en cuenta los intereses de Dios—
—Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios—
como la meta de la economía eterna de Dios**

Ejercitar nuestro espíritu es orar, es acercarse a Dios de manera íntima y personal, teniendo en cuenta los intereses de Dios —Cristo, el reino de Dios y la casa de Dios— como la meta de la economía eterna

de Dios (2 Ti. 1:6-8; 1 Ti. 1:3-4; 2:1-3, 8; 1 R. 8:48; Jud. 19-21). En 1 Reyes 8:48 dice que los hijos de Israel oraban a Dios con el rostro hacia la tierra que Él les había dado a sus padres, hacia la ciudad que Él había elegido y hacia la casa que había sido edificada. Ejercitar nuestro espíritu no es orar solamente por nuestras necesidades personales, sino orar teniendo en cuenta los intereses de la economía de Dios. Es menester que oremos a fin de poseer a Cristo, ganar a Cristo, ser constituidos intrínsecamente con Cristo y disfrutar a Cristo, la buena tierra, y así, participar tanto en la edificación de la ciudad, que es el reino, como en la edificación de la casa de Dios, que es la iglesia, el Cuerpo de Cristo, con la finalidad de que Dios halle reposo y obtenga Su morada. Por tanto, es nuestra oración que no fijemos nuestra mirada en nosotros mismos, sino en la economía de Dios.

**Ejercitar nuestro espíritu
es poner nuestra mente en el espíritu**

Ejercitar nuestro espíritu es poner nuestra mente en el espíritu (Ro. 8:6; Mal. 2:15-16). Malaquías 2:15-16 dice: “Atended, pues, a vuestro espíritu, y no seáis pérfidos para con la mujer de vuestra juventud ... Atended, pues, a vuestro espíritu, y no seáis pérfidos”. Estos versículos hablan del divorcio. Malaquías decía que no debiera haber divorcio, que no debiera haber problemas con respecto a la unidad. Si surgen problemas en cuanto a la unidad, tenemos que prestar atención a nuestro espíritu.

*Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu,
percibimos el sentir de vida y paz en nuestro interior,
lo cual es una sensación de fortaleza, satisfacción, reposo,
liberación, vigor, frescura, resplandor y consuelo*

Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, percibimos el sentir de vida y paz en nuestro interior, lo cual es una sensación de fortaleza, satisfacción, reposo, liberación, vigor, frescura, resplandor y consuelo.

*Cuando ponemos nuestra mente en la carne,
percibimos el sentir de muerte en nuestro interior,
lo cual es una sensación de debilidad, vaciedad, desasosiego,
intranquilidad, depresión, sequedad, oscuridad y dolor*

Cuando ponemos nuestra mente en la carne, percibimos el sentir de muerte en nuestro interior, lo cual es una sensación de debilidad,

vaciedad, desasosiego, intranquilidad, depresión, sequedad, oscuridad y dolor.

*Nuestra vida cristiana no está regida
por la norma del bien y del mal
sino por el espíritu, y conocemos al espíritu
mediante el sentir de vida y paz en nuestro interior*

Nuestra vida cristiana no está regida por la norma del bien y del mal sino por el espíritu, y conocemos al espíritu mediante el sentir de vida y paz en nuestro interior (Ro. 8:6; 2 Co. 2:13-14). En 2 Corintios 2:13 Pablo dice: “No tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito”. Estar atentos al reposo en nuestro espíritu se refiere a que no obramos conforme a ciertas normas externas y legalistas; más bien, prestamos toda nuestra atención al Señor que mora nuestro espíritu.

**Ejercitar nuestro espíritu equivale a discernir
entre nuestro espíritu y nuestra alma**

*Debemos permanecer alertas todo el tiempo
a fin de discernir todo aquello que no procede del espíritu,
sino de nuestra alma, el yo, y rechazarlo*

Ejercitar nuestro espíritu equivale a discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma (He. 4:12). Debemos permanecer alertas todo el tiempo a fin de discernir todo aquello que no procede del espíritu, sino de nuestra alma, el yo, y rechazarlo (Mt. 16:25; cfr. Lc. 9:25). Cuanta más práctica tengamos en el ejercicio de nuestro espíritu, más agudo será nuestro sentir y discernimiento para distinguir entre aquello que procede del espíritu y aquello que procede del alma. Debido a que en nuestra vida cotidiana nos relacionamos mucho unos con otros, frecuentemente se pone en evidencia que vivimos en el alma. Sin embargo, cuanto más ejercitemos nuestro espíritu, más agudo se volverá nuestro discernimiento para distinguir entre nuestro espíritu y nuestra alma.

*Todo cuanto seamos, tengamos y hagamos,
debe estar en el espíritu; todo cuanto Dios es para nosotros
está en nuestro espíritu*

Todo cuanto seamos, tengamos y hagamos, debe estar en el espíritu; todo cuanto Dios es para nosotros está en nuestro espíritu

(Ro. 2:28-29; 1:9; 8:4; 12:11). Romanos 2:28-29 dice: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión la que lo es en lo exterior, en la carne; sino que es judío el que lo es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios”. Nosotros somos los verdaderos judíos, el verdadero pueblo de Dios, en virtud de nuestro espíritu.

Números 13 y 14 presentan un cuadro respecto al discernimiento entre el espíritu y el alma. En 13:17 Moisés envió doce espías a la buena tierra. Cuando ellos volvieron de la buena tierra, dijeron: “Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y este es el fruto de ella” (v. 27). Luego, en el versículo 28 ellos dijeron: “Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac”. Los espías incrédulos y malignos, quienes no ejercitaron su espíritu, libremente expresaron sus propios pensamientos y opiniones. Sin embargo, Caleb y Josué poseían un espíritu diferente. Caleb hizo callar al pueblo y dijo: “Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos” (v. 30). Pero los espías malignos persistieron, diciendo: “No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros” (v. 31). Ellos hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que había reconocido (v. 32). Pero Josué dijo: “La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena. Si Jehová se agradare de nosotros, Él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel. Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esa tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis” (14:7-9). Caleb y Josué eran personas que ejercitaban su espíritu.

**Ejercitar nuestro espíritu
consiste en vivir una vida de iglesia normal
y en vencer la degradación de la iglesia
al seguir en pos de Cristo
con todos los que, de corazón puro, invocan al Señor**

Ejercitar nuestro espíritu consiste en vivir una vida de iglesia normal y en vencer la degradación de la iglesia al seguir en pos de Cristo con todos los que, de corazón puro, invocan al Señor (2 Ti. 2:22). Para ejercitar nuestro espíritu, podemos invocar el nombre del Señor. Hemos de ser los que invocan al Señor. Incluso hoy hemos de

ser aquellos que invocan al Señor en todo lugar, “con los que de corazón puro invocan al Señor”. Satanás es un cobarde. Nosotros nos lo comeremos como pan porque poseemos al Cristo triunfante e invencible como Espíritu vivificante, quien está mezclado con nuestro espíritu. Hemos sido hecho aptos para tomar esta tierra y vencer todas las cosas negativas.

En conclusión, ejercitar nuestro espíritu consiste en lo siguiente: primero, avivar el fuego de nuestro espíritu abriendo al Señor todas las partes de nuestro ser, a saber, nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro corazón y nuestra boca; segundo, tomar las medidas necesarias con respecto a las diversas partes de nuestro corazón, y en especial, con respecto a nuestra conciencia; tercero, disfrutar al Espíritu que mora en nosotros regocijándonos, orando y dando gracias en todo; cuarto, orar por los intereses de Dios; quinto, poner nuestra mente en el espíritu o prestar atención a nuestro espíritu; sexto, discernir entre nuestro espíritu y nuestra alma; séptimo, llevar una vida normal de iglesia y vencer en ella al seguir en pos de Cristo como nuestra meta única ejercitando continuamente nuestro espíritu e invocando el nombre del Señor. En la vida de iglesia, Cristo es nuestro todo en todo, la unidad es nuestro testimonio, y todos los miembros del Cuerpo ejercen la función que les corresponde con miras a la manifestación de Dios en la carne, esto es, la iglesia. ¡Aleluya que podemos ejercitar nuestro espíritu para la piedad!—D. T.